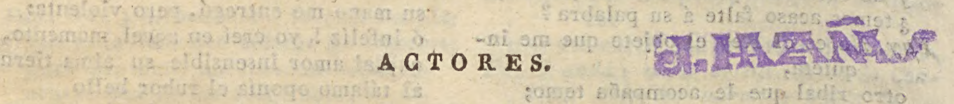
TRAGEDIA.

LA GABRIELA.

EN CINCO ACTOS.



ACTORES.

Raul de Cuci.
El Conde Plé Fayél.
Gabriela de Bérgy.



Monlac, criado de Cuci.
Isaura, amiga de Gabriela.
Alverico, confidente de Fayél.

La Scena es en Borgoña en el Castillo de Otrey. Los cuatro actos primeros pasan en una Galeria que comunica á los cuartos de Gabriela y Fayél.

ACTO PRIMERO.

SCENA I.

Fayél y Alverico.

Alverico, habiendo visto de léjos á Fayél, que parece muy desasosegado.

Alv. Fayél, teme, suspira, y la amargura
que tan oculta en el silencio encierra;
pronta ya á reventar, á su salida
parece que duplica su violencia.
Fayél sentándose.
Fay. A Alverico llamé, resuelto estaba
á declararle el mal que así me altera;
ya está presente, y al abrir los labios,
se retiran las voces de la lengua.
Alverico acercándose.
Alv. Vuestros ojos, Señor, obscurecidos
de algun gran daño anuncian la tormenta:
vuestro oprimido corazon suspira,
y á pesar suyo, claramente muestra
el secreto dolor que le consume:
estas desgracias en Otrey consternan
todos los animos, y de llanto inundan
de aqueste sitio la mansion risueña.
En vuestra amable y moribunda esposa
secó el dolor, marchitó la pena
las bellas flores, que en su tierno rostro
tan liberal sembró naturaleza.
¿Cuáles son las desgracias que aquí ocultas
tanto terror y confusion fomentan?
este secreto mi lealtad ofende,
y da justos motivos á mi queja.
Pues qué! no es Alverico aquel criado,
à quien siempre eligió la amistad vuestra
para fiel compañero; y que en los fuertes
y peligrosos lances de la guerra
à vuestro lado...
Fayél tomándole la mano.
Fay. De la Siria á Francia
ya el gran Filipo victorioso llega;
y este secreto que aclarar me importa
al ir á verlo público me aterra.
Alv. Señor, estoy confuso, ¿pues qué daños
con la venida de mi Rey recelas?
¿temes qué un Soberano tan augusto,
solamente contigo injusto sea?
á vos por cuyo brazo victorioso
miró abatida la cervíz soberbia

del Borgoñon rebelde, y cuya mano
en todo real, tu noble zelo premia
de su victoria con el primer fruto.
Que queriendo sirvieses de defensa
al ilustre Vergí, con cuya hija
tu union felíz sus órdenes abrevian;
paraque tu valor contrarrestase
al de Borgoña, que oprimirle intenta,
y que marchando á combatir las Lunas,
estas regiones á tu cargo deja
dándote á Otrey por dote de tu esposa,
y de su afecto por constante prueba,
¿temes acaso falte á su palabra?

Fay. No es el Rey el objeto que me inquieta,
otro ribal que le acompaña temo;
y de quien las astucias lisongeras
todo mi honor y gloria me han robado.

Alv. Ignoro que ribal ser este pueda.

Fay. ¡Oh secreto tirano y vergonzoso
cuyo peso me oprime, y cuya fuerza
rompiendo el corazon que le aprisiona
con honor á la luz se manifiesta!

Alv. Pues decidme quien es vuestro enemigo,
si á mi amistad quereis tener sin queja.

Fay. Pues que quieres saber el atrevido
que esta pasion rabiosa en mi despierta;
el que á mi esposa infiel así pervierte,
y el que mi llanto y mi dolor fomenta;
es Cuci.

Alv. Quién, Raul?

Fay. El que has oído:
y este secreto que en tu pecho encierra
mi constante amistad, si de él saliese;
tén por seguro que tu muerte es cierta:
¡temes de oirlo! qué terror te asusta?

Alv. No es la amenaza, solo es la sospecha;
y solo temo ver que á un tiempo mismo
á mí, á tu esposa, y á tí propio ofendas.

Fay. Yo mas que tú maldigo mis recelos,
mas de ser falsos dadme alguna prueba;
¡oh Gabriela cruel, que unir supiste
à la de amarte, gloria tan suprema
la odiosa precision de aborrecerte!
tú à quien acuso, y à quien mi fe venera,
la que ultrajado admiro, y cuya gracia
amante imploro, en medio de mi ofensa,
pues que tanto te adoro. ¿porque causa,
no logré con tu mano tu fineza?
mas me aborreces, y esta verdad clara
es de mi agravio triste consecuencia.

Alv. Y que vuestra ternura...

Fay. Es mi delito:
mi atencion y respeto la molestan:
mi presencia la irrita ó la entristece,
y mis cariños su dolor fomentan.
Con nuestra union nacieron sus rencores:
su mano me entregó, pero violenta:
ó infelíz! yo creí en aquel momento,
que al amor insensible su alma tierna
al tálamo oponía el rubor bello
tan agradable al que triunfar espera.
Mas tarde conocí que el amor solo
era el que ocasionaba su tristeza:
solo en su llanto hallaba algun alivio
y sus tormentos sus delicias eran:
su dolor conduciéndola al sepulcro,
de él la libraron sus memorias tiernas;
à la muerte llamaba presurosa,
solo por ver à nuestraunion disuelta,
y de ella se asustaba, contemplando
que era forzoso que otra union rompiera:
ya proxima à su fin alegre estaba
de pagar à mi amor alverse esenta,
porque el suyo al morir quedando libre
à emplearse en su amante otra vez vuelva.

Alv. ¿Y es posible, Señor, que en vuestro daño
una aprehension consiga tanta fuerza?
vos mismo fabricais vuestras desdichas
con ilusiones que el temor engendra.

Fay. No pienses que juzgándola culpable
estén sin fundamento mis sospechas.
Yo amo, Alverico, y su dolor padezco;
y aquellos ojos que el amor enseña
à llorar y sufrir de iguales llantos,
pronto conocen la ocasion funesta.
Sábelo todo pues: quando esta ingrata
iba à perder la vida, con cautela
el indigno Monlac à Raul mismo
se atrevió á introducir à su presencia.
Aquí la vió, cuando ella ya no veia,
y en su pálida mano cuasi yerta,
el ya postrero à Dios su infame boca

à sellar se atrevió con insolencia.
Alv. Pero quién os ha dicho...
Fay. El mismo Armance
les sorprendió; pero ya estaba fuera
el vil traidor cuando llegué à saberlo.
Alv. Del amor de Raul aquesta prueba
en nada hace culpable à vuestra esposa;
la que quizás de su desmayo vuelta
los excesos no supo de su amante:
¿pero han tenido alguna inteligencia
despues de haber salido Raul de Francia?
Fay. No, y esto solo mis furores templa:
esta es la duda que aclarar me importa;
pero qué digo! mi corazon condena
acusar una fe tan respetable,
solamente fundado en mis sospechas,
despues que el Cielo à nuestro ruego atento
para alivio del pueblo la conserva:
de madre universal de estos Vasallos
el dulce nombre à conseguir anhela.
Su tierno corazon suaviza siempre
de nuestras leyes la observacion recta,
y en solo hacer mercedes desvelada
de su contínuo padecer se venga.
Pero, ay de mí! que de su voz cansada
el débil éco el corazon penetra;
sus tristes ojos su altivéz abaten,
y sus pesares su hermosura aumentan
con infinitas gracias y atractivos.
Ah! sin Raul y cuan dichoso fuera!
pero esta cruel duda que me acaba,
en pocos dias aclarar es fuerza:
Armance está en Dijon, que dará aviso
si con la Corte mi contrario llega.
Cerca del Rey mi obligacion me llama,
y es forzoso mi esposa tambien venga.
Allí se aclararán las negras sombras,
con que se cubre esta pasion funesta;
y Raul.
Alv. Oh! y cuánto à los dos temo;
en fama iguales!
Fay. Nuestro fin espera,
y antes quizás el de mi infiel esposa.
A cada instante pasan mis sospechas
de la rabia al respeto, y del cariño
á los horrores que mi mal despierta.
De una hora de furor penderá acaso
mi destino infelíz; quizás en ella
el verdugo seré de entrambas víctimas,
ó seré el vengador de su inocencia.
En vano la virtud me dará voces;
solo al arrepentirme escucharelas.
Alv. Y qué sereis capáz?
Fay. Todo lo he dicho,
y si à tu zelo doy esta advertencia,
no es con el fin de armarlo en mi venganza;
mi gloria solo vengará mi diestra,
mas tú mis dudas aclararme debes;
lo único es esto que Fayél espera:
un amigo te pide, y manda un amo.
Alv. Aunque me pese, obedecer es fuerza:
mas vos vereis que pronto os desengaño.
Fayél anda: mira si ha vuelto la Condesa. Alverico mirando hácia la puerta.
Alv. Señor, aquí está ya.

SCENA II.

Gabriela, Fayél, Isaura y Alverico.

Gab. á Isau. Sostenme Isaura;
su vista sola el corazon me aterra,
Oh Cielos! que opresion.
Fay. á Alv. Su rostro mira
verás que pronto su color altera:
ah! en sus ojos los mios hallan siempre
la dulce calma que al instante muestran.
A Gabriela que se ha acercado.
¿Gustais, Señora, acaso en este dia
algunos frutos de la bondad vuestra?
en mis vasallos hay menos infelices?
vos sola sois quien rompe sus cadenas,
y que su yugo haceis menos pesado.
Yo os evito el dolor que mas os cuesta
que es el ver padecer otros dolores.
Podré yo en fin lograr que mis fuerzas...
Gab. Fayél, el hacer bien es ley forzosa;
siendo felices nuestra dicha aumenta;
y minora ó evita sus disgustos
infelices: endulza nuestras penas;
menos son nuestros males, consolando
nuestros hermanos.
Fay. Pero cuales sean,
decid, aquestos males? deseais algo?
teneis de mi cariño alguna queja?
y grata la fortuna no os ofrece
dignidades, poder, gustos, riquezas?

pues de qué os lamentais? ¿por qué estais triste?
algun oculto bien os trae inquieta.
Ah! si amais un esposo que os adora,
si nuestra union, como á él, os lisongea
despues de tal dulzura, al universo
ningun bien que ofrece á entrambos queda:
mas vuestros ojos tristes y turbados
en lágrimas me ofrecen la respuesta...
Gab. No teneis ya mi mano? ¿pues qué os falta?
Fay. Y qué sirve la mano si es violenta?
es un presente odioso, y me averguenzo
de mi dicha, si causa vuestra pena:
pero vuestra tibieza...
Gab. Qué os espanta?
en que falta ha incurrido mi obediencia?
Dos años ha que à vos estoy unida;
mi fe os estima, os ama y os respeta;
mil veces me habeis visto ya tocando
de mi sepulcro las horribles puertas:
si en tan exhausto cuerpo se halla el alma
abatida, insensible y sin potencias,
es acaso, Señor, la culpa mia?
mi última hora miro ya muy cerca.
Vuestro excesivo amor que me enternece,
solo porque os aflige me atormenta;
y sufre mucho un corazon que tierno
ve padecer à quien feliz desea.
¿Para qué al mio unis vuestro destino,
cuando ya à separarse van por fuerza?
pronto, Fayél, el rostro que amais tanto
en sus entrañas deshará la tierra.
Resistid valeroso un mal preciso,
que al fin la union destruye mas estrecha;
y quiera el Cielo que lo que mas adoro
viva felíz despues que yo fenezca.
Si fuese así yo moriré tranquila.
Fay. Tranquila? mas creí que yo os debiera.
con amargura.
Quizá olvidais que aquí dejais à otro:

Gabriela admirada le mira, y él vuelve prontamente sobre sí.

un padre à quien amais, tan poco os cuesta?
mas ya conozco os es indiferente
solo por ser autor de la union nuestra:
no obstante en breve le vereis sin duda,
pues à este sitio con su dueño llega:
dos dias há que de Leon salieron,
y es forzoso que estén de aquí muy cerca.
Ambos me mandan que à Paris los siga,
y que me acompañeis tambien ordenan.
Gab. Yo à Paris?
Fay. Si Señora, ya es forzoso
volver à hallaros en la pompa regia
de la Corte, voy luego à disponerlo;
necesita mi rígida entereza
à vista del Monarca que me guie
de vuestro dulce genio la asistencia.
Quizás disiparán vuestros disgustos
de la Corte el tumulto y la grandeza,
y aunque no hayais cumplido cuatro lustros,
están bien conocidas vuestras prendas;
no obstante que la vuestra las eclipsa
siempre os estiman las demas bellezas,
y con las gracias de que estais dotada
volvereis à lograr la paz primera.
Gab. A dónde me llevais, Señor? yo tiemblo:
si aun me quereis, à vuestras plantas puesta
os pido por piedad me dejeis sola
en este sitio.
Fay. Obedeced sin réplica
las órdenes de un padre y un Monarca;
bien sabeis ya que nunca mi fineza
supo mandar, habiendo sido amante
antes que esposo, y si de hacerlo hubiera,
fuera el amor quien solo lo mandára,
y este siempre suplica, nunca ordena.

SCENA III.

Gabriela y Isaura.

Gabriela arrojándose sobre una silla.

Gab. Isaura, yo fenezco: en qué he faltado?
Este golpe faltaba à mis miserias.
Isau. Obedeced à un padre y à un Monarca.

Gab. Siempre sus órdenes fueron mis tragedias:
¿que mi padre y mi Rey son mis verdugos?
yo los adoro, aunque ambos me atormentan.
Arrastrad, ó crueles, vuestra víctima
de el Altar al sepulcro, y de la inmensa
desdicha en que me veo à los delitos:
el curso de mis males considera,
y en que abismos me miro sumergida;
discurre de mi padre la imprudencia;
y que nuevos tormentos me prepara;
el mismo à mis desdichas me condena:
dos corazones en la infancia unidos,
que de mi madre las delicias eran,
inhumano separa; y en mi daño
de un justo Rey la autoridad suprema
para hacerme infeliz, sorprende astuto;
pues no paran en esto sus cautelas.
Todo dispuesto en el mayor secreto,
de repente me intima la sentencia
de mi desgracia, y aunque ocultamente
el dogal que me ahoga, él mismo aprieta.
Ausente estabas cuando de mi mano
no fueron bodas, no: fueron exequias:
confusa y recelosa aun de mi suerte
à mi padre miraba toda trémula:
y el inhumano como alhaja suya
al conde de Fayél mi mano entrega.
De mi pronta obediencia asegurado,
nunca se persuadió que yo pudiera
en acto público desairar à un padre
à quien he obedecido siempre ciega:
mas ay! que cuando yo era mejor hija,
mi padre se olvidó que padre era.
Isau. No hay duda, de que siempre sus pasiones
à su razon logró mirar sujetas,
y vivió persuadido à que era fácil,
que los demas las suyas contuvieran.
Con este engaño, nunca aprobar supo
las que en vos el amor forjó violentas,
y creyó que à su voz dócil el alma
amar y aborrecer pronta debiera;
y esa razon de estado que hoy domina
sacrificada por su mano os deja.
Gab. Mas hace aun... Amado Cuci mio,
puesto que à verte su poder me fuerza
al mismo tiempo que prohibe amarte.
El Cielo es buen testigo que violencia
no me he hecho siempre, por vencer ansiosa
esta fiera pasion que me avergüenza,
y querer solo à esposo que es tan digno,
mas no ayudaron mi intencion las fuerzas.
Pero siendo así, ¿cómo podré arrojarme?
esponerme otra vez à la presencia
de aquel que mis potencias arrebata?
cuya vista, dolores y tristeza
reclamará el derecho que en mi tiene,
ocupándome siempre con la idea
de su genio sublime, de su aliento,
y de su fiel amor que me hace rea.
Si te veo, Raul, ¿podré un instante
cerca de tí desconocer tus señas,
olvidarme de un héroe que ha sabido
suavizar de su siglo la aspereza,
y que empezó à mostrar desde la infancia
los frutos que produce la experiencia?
La inclinacion à la virtud fué solo
quien formó nuestra union que así dispuesta
à solo mejorarnos anhelaba;
mi alma à la suya debia su entereza,
y él por mi protegia al infelice:
oh memoria culpable lo que cuestas!
no, al Cielo juro no volver à verle
aunque mi esposo, padre y Rey se ofendan:
no, tiranos, no temo vuestras iras.

SCENA IV.

Fayél, Gabriela, Isaura y Guardias.
Fayél á las Guardias.

Fay. Haced que luego al punto se le prenda
y conducidle aquí.
Las Guardias se van, quedando dos en el fondo.
Gab. Y à quién es eso?
Fay. Al confidente de Cuci que intenta
introducirse en este sitio, ignoro
que motivo ó pretesto traerle pueda,
que embarazos le ocupan, que misterios.
Que, os asustais? os buscará à vos mesma,
y de venir à veros vuestro amante,
acaso no será la vez primera.
Gab. Qué es lo que hablais?

Fay. Al fin ya me he enterado
y tus delitos manifiestos quedan.

SCENA V.

Los actores antecedentes, y Alverico.

Alv. Señor, nada temais; en este sitio
de Monlac será corta la asistencia,
à otra parte sus pasos encamina:
no oculta sus designios, y las nuevas
de haber muerto Raul, al triste padre
la comision tan solá es quien la lleva.

Gab. Qué es lo que escucho?

Fay. con alegría. ¡Qué Raul ha muerto?

Gab. Yo espiro, Isaura.

Cae en los brazos de Isaura.

Fay. Reparad mi afrenta
escrita en su dolor; ella le quiere.....
Ah perjura! mas ay! su muerte es cierta.
Si mi vida estimais, cuidad la suya.

Isaura y las Guardias conducen á Gabriela desmayada.

SCENA VI.

Fayél quiere seguir á Gabriela: pero se pára de repente, y vuelve hácia Alverico con alegría.

Fay. Con que en fin acabó ya su carrera
mi Ribal... pero él era querido:
à la fin podrá ser que yo lo sea:
recibamos un rayo de esperanza.

Quiere volver á salir, y vuelve haciendo reflexion.

Mas, qué duda otra vez mi pecho altera?
oh sospecha! oh temor! entre las listas
á Alverico.
que de los muertos en aquesta guerra
me remite Bergi, Raul no se nombra:
si estará aun vivo? y si Monlac intenta
con semejante ausencia asegurarme?
sí: el corazon me avisa y me amedrenta,
me han engañado, y esta voz que corre
es un ardid que fraguan sus cautelas.
Tiembla infelíz! sin tu atractivo ingrato
los dos pereceremos, mis sospechas
con lágrimas me avisan; yo conozco
que en furor mi amor vuelto, horrible
Scena
puede hacer que se mire en este sitio,
bien, aclarémonos, à su belleza
observarémos: yo su fin decreto,
y es su vida lo mas que me interesa.

ACTO SEGUNDO.

SCENA I.

Gabriela y Isaura.

Gab. Por tu cruel socorro, ay, infelice!
otra vez en mi ser à verme vuelvo;
y en esto piensas tu amistad probarme?
mi elado corazon gozaba quieto
algun descanso, à mi sentido vuelta,
despiertas otra vez à mis tormentos.
¡Oh desmayo insensible y sosegado!
¡oh del alma tranquilo y dulce sueño!
si es como tu la muerte ¿es tan terrible?
en fin Isaura, ya es cadáver yerto
aquel héroe adorado: honor y gloria,
juntas con él à un tiempo fenecieron
¡Oh pérdida de amor pronosticada
de la cual me advirtió piadoso el Cielo!
escucho este prodigio: ya te acuerdas
cuando para librar del yugo fiero
del Musulman odioso, de Solima
los respetables muros, con denuedo
armó la Europa sus mayores Príncipes.
Filipo con Richard en Francia unieron
todos los heroes de París y Lóndres,
sus banderas amigos confundiendo;
y cuando ya su marcha disponian,
y que mi vida estaba sin alientos;
ya perdida la vista, en la del alma
aun estaba presente el dulce dueño.
Yo creí verle, no como otras veces
de honor, de triunfos y de glorias lleno,
sino pálido, triste, consumido,
temeroso mirándome de léjos:
y arrebatando mi insensible mano
la que animaba de su labio el fuego;
entre lágrimas, ayes y suspiros,
de aquestas voces escuché los écos.
Ve aquí el último à Dios: ya hace dos
años,
querida Isaura, que le escucho creo:
su rostro miro, palpitar percibo
su tierno corazon, y aun correr siento
sus lágrimas que inundan à mi mano.
Tres meses hace: : que terrible aspecto
que sin cesar Raul à afligir vienes
tu triste amante! mi corazon tierno
el momento me dijo de tu muerte.

Isau. Ay amiga infelíz, no ha sido sueño

esa apariencia que asustada os tiene:
ese amante tan fino ha estado puesto
à vuestros pies, al emprender su marcha
supo vuestro dolor, y su despecho
le hizo esponer su vida en este sitio,
por decir solo aquel à Dios postrero.
Gab. ¡Con que vino!
Isau. A no haberle yo apartado
sin soltar vuestra mano hubiera muerto.
Gab. Oh! última prueba de un amor tan firme,
la vida solo à su presencia debo,
tú me la diste; y à tí te la quitaron
tus lágrimas, dolor y sentimiento,
y siendo yo quien moribunda viste,
eres tú al fin el que faltó primero?
Isau. Pero Fayél....
Gab. Su regocijo has visto
al oir esta nueva? su contento
al ver su triunfo? ¿cual será su gloria
de haber entre sus iras descubierto
la verdadera causa de mi llanto?
ay Raul infelíz! ay dolor fiero
que me consume! que, será posible
que haya de ver à mi tirano dueño,
de tu muerte valido, echarme en cara
las desdichas de que es el instrumento....
Pero que es esto; yo à Fayél ultrajo?
acaso es delincuente? y en efecto
su delito no es solo haberme amado?
y me compete à mí que le aborrezco
acusar à mi esposo, cuando justo
el Cielo me castiga, y el objeto
de mi indebido amor airado quita?
pues no ha de ser, à sujetar probemos
esta fiera pasion; menos culpable
procuremos morir; mas que entran siento.
Monlac es el que viene; como loco....

SCENA II.

Gabriela, Isaura y Monlac.

Mon. Perded, Señora, aquesta vez el miedo,
pues libremente puedo entrar á hablaros:
de la muerte de mi amo; satisfecho
del todo está Fayél: no sé que dudas
mi relacion primera desmintiendo
inquieto y receloso le dejaron;
mas despues de larguísimos rodeos,
su tranquilo furor astutamente
de todo el caso se informó severo:
la verdad pura, junta con mi llanto,
hizo que diera à mis palabras crédito,
pero la triste comision ignora,
que al espirar Raul confió à mi pecho.
Gab. Pues bien, lloremos ambos; pero acaso
ejecutarlo sin delito puedo?
sí, lloremos à un héroe, à quien oprime
mi desgracia: à un héroe que ornamento
fué de su siglo; y que vivió constante,
felíz muy poco, grande mucho tiempo.
Confiésamelo todo, de su muerte
yo sola fuí la causa, de su despecho
à su valor alucinó sin duda,
haciendo que espusiese sin acuerdo
una vida tan bella y tan preciosa,
mas que odiosa le haria su amor ciego.
Mon. No os negaré, Señora, que en la Siria,
en estraño furor su valor vuelto,
los peligros buscaba, no el combate,
no las victorias; pero sí los riesgos:
pero la fama à quien sirvió constante,
preparándole mi triunfo, ya en el término
de su gloriosa vida le quedaba
una muerte que envidiarán perpetuos
todos los corazones de la Francia.
En aquellos asaltos tan violentos,
contados por batallas que constaron
rendir los muros de Tolemais soberbios;
à la brecha arrojandose Filipo
el primero de todos, se halló envuelto
de inumerables fuertes enemigos.
Raul seguia su imprudente esfuerzo;
metidos en las filas, ambos rompen
sus fuertes lanzas, cuando un Turco fiero
tira al Rey desarmado un mortal golpe.
Raul que mira de Filipo el riesgo,
con valor se interpone, en sí recibe
la inevitable herida, y su leal pecho

se glória al espirar de haber felices
la victoria y su Rey à Francia vuelto.
Gab. Ay mi Raul, y cuan en todo digna
de tu vida es tu muerte; yo venero
y adoro tus cenizas, sí, es muy justo:
mas díme tú: no pudo su amor tierno
nombrarme al espirar, y me han privado
hasta de su infelíz postrer aliento?
Mon. En la noche cruel, en que vencido
de su valor el mal, por algun tiempo
logró sobrevivir à sus heridas,
llorando por un Rey, que con afecto
enjugaba su llanto, yo entretanto
sus ojos vi nombraros en secreto.
En fin quedamos solos, y poseído
todo de vuestro amor en él suspenso,
de su fuerte pasion arrebatado,
no oculta ya de su alma los misterios.
Ay Señora! si viérades sus ansias,
de sus últimos vales los tormentos!
ahora parece que le estoy mirando:
démosla, dijo: de un amor inmenso
una prueba no vista, y levantándose
con bastante fatiga, el monumento
último de su amor, despacio traza;
y à jurar obligándome primero
aunque mi afecto y lealtad conoce;
así me dice: en mi difunto cuerpo
toma mi corazon, de qué te espantas?
si es que le estimas, es acaso objeto
que deba horrorizarte? esos temores
desecha con valor, y de tu dueño
el corazon, de su sepulcro libre
por tí renazca, pues que solo empleo
fué de una amante, y un constante amigo:
à la amistad ansioso se le entrego,
paraque de ella en el amor descanse,
tu fina ley me debe aqueste obsequio.
Del honrado Ratél puedes valerte,
si acaso temes de Payél los zelos;
pero aqueste papel primero entrega.
Gab. Oh! y qué bien multiplica los tormentos
de vivir mas que él!
Mon. Esta es su carta.
Gab. El don que la acompaña es el que temo.
Lee. » Yo muero, y de mi cuerpo desasida
» mi alma, en amarte vivirá ocupada
» quedando de los muertos separada
» esta parte mortal à tí debida:
» como siempre contigo vivió unida,
» sin tí no quiere verte sepultada,
» y en tu busca se va, Gabriela amada,
» mísera ofrenda de una fe perdida.
» No te asustes al verla; del constante
» del infelíz Raúl una memoria
» es que acordarte de sus finezas pueda;
» buela el alma, llevando siempre amante
» tu hermosa imágen: el corazon, qué gloria!
» es mas dichoso, y en tus manos queda.
No, no, tu alma unirse con la mia
logrará pronto, y del obscuro centro
de tu sepulcro, tu corazon fino
solo à buscar el mio viene huyendo:
la triste muerte que mi yugo rompe,
nuestra felíz union forma de nuevo.
Monlac, no puedo sin horror mirarte.
Mon. Señora...
Gab. Espera, y deja que primero
à mi ventura mi valor prepare,
para poder mirar tan triste objeto...
Esto, pues, ha de ser: de horror muramos.
Se vuelve hácia Monlac.
Mon. No temais ya, Señora, este funesto,
y espantoso espectáculo, la suerte
me libró de tan triste ministerio.
Gab. Oh Dios! si acaso...
Mon. Apenas esta carta
me entrega, cuando de enemigos vemos
nuestras tropas cercadas, y entre sangre,
horror y llamas todo el campo envuelto.
El Saladino, Capitan bien hábil,
quiso volver à recobrar soberbio
los perdidos laureles, y las armas
de los cautivos con astucia haciendo
à sus tropas vestir, con este engaño
nuestro campo deshace en un momento.
Raul envuelto en el cruel desastre,
bajo mi herido ensangrentado cuerpo,
fué muerto sin defensa, y cuando osado
el valiente Ratel, vengando diestro

nuestro comun error, y el enemigo
auyentado por él, ya casi muerto
me arrancó de sus brazos inhumanos;
conocer nuestros ojos no pudieron
de mi Amo destrozado las reliquias.
Entre aquellos montones tan horrendos
de deshechos cadáveres, en vano
á sus hermanos, hijos, compañeros
buscaba cada cual: aquellos monstruos
à su Sultan, glorioso del suceso
de su empresa feliz, de nuestros gefes
degollados llevaron por trofeo
las míseras cabezas. Ved, Señora,
por que raro camino mi secreto
me ha hecho violar infiel destino.
Por última desgracia, cuando dejo
la Siria, una tormenta pavorosa
à Candia me arroja, y en su puerto
mas de un mes detenido, con trabajo
antes que el Rey apenas llegar puedo:
y ya su flota por el Rón entraba
cuando de Génova al claro Sena llego.

Gab. No es bastante penar? hado tirano!
quieres doblar su muerte y mi tormento?
no aflijas mas, Monlac, mi triste suerte:
qué quieres que responda mi despecho
à tus llantos? en males semejantes
la resistencia falta y el esfuerzo.
Un valor sordo embarga mis sentidos,
tu notarás en mi último momento
que esta carta apresura, adonde llega
por tal amor mi reconocimiento.

Mon. Y yo qué he de esperar? perdí à mi amigo;
y demasiado supe obedecerlo:
pues con vida quedé, la muerte os causo:
à su padre infelíz tambien la llevo;
y hallarla yo tambien es solamente
la única dicha que con ansia espero,
Señora, à Dios.

SCENA III.

Gabriela y Isaura.

Gabriela echándose en los brazos de Isaura.

Gab. Isaura amiga...apártate.*apartándola.*

Isau. Permite que mi amor....

Gab. No mas, de nuevo
vuelvo à pedirte que me dejes sola;
aun la amistad me sirve de tormento.
Mi corazon con sus desdichas quiere
hallarse solo.

SCENA IV.

Gab. sola. En su dolor inmenso,
que se anegue à su gusto; gozar triste
de mi dolor es mi placer postrero,
siendo legítimo no deja de ser dulce,
lo amargo del delito en él no siento.
Ya nada turbará con nuevas ansias
mis inocentes penas, mis afectos
y mis justos suspiros; es posible
que permites su muerte, Dios Eterno,
solo para hacer justas mis pasiones!
¡y no ha podido ser à menos precio
el dejarle vivir en mi memoria!
ay Raul mio! à tu postrer aliento,
tu amante corazon me remitias;
temblar me hiciste; mas la falta veo,
que le hace à mi dolor: creyendo verte
en él, pensando hablarte y à los écos
de tu voz escuchar; el alma toda
entregaria à un corazon tan tierno;
y en breve de mis lazos desatada
mi corazon dejando, firme asiento
tomar podria en el tuyo, mas aun de este
triste placer privarme quiere el Cielo:
y ya de tí, ve aquí lo que me queda.

Mirando la carta.

Volvamos otra vez à leer de nuevo
este papel de tu pasion garante.
Que aqueste don precioso, de su dueño
ocupe el lugar digno: yo recibo
tu alma preciosa; en tu postrer momento,
toda entera el amor en él la puso.

Vuelve á leer.

SCENA V.

Fayél y Gabriela.

Fayél apartando á Isaura.

Fay. En vano me detienes, sál: qué puedo yo pensar?

Gabriela deja de leer.
Ay de mí! mas detengamos
mi triste llanto, pues que borre temo
todo lo escrito.
Fay. acerc. Qué es lo que ella lee?
Gab. habiendo visto. Ay mi Dios!
Fayél quita la carta.
Ah! ingrata, entrega luego
ese infame papel: ya mis ofensas
y tus traíciones conocer es tiempo.
Pasa la vista por el papel.
La firma es de Cuci, y es tu sentencia:
de ella y de mi furor su muerte infiero:
está vivo, y te escribe! vuestras ansias
por tan indignos disfrazados medios
conciertan las maldades! tiembla ingrata, pues vas á perecer.
Gabriela con la mayor tranquilidad.
Leed y correos.
Fay. turb. Qué es esto! tan tranquila! si es que acaso
mis aprensiones... Contra mi recelo
que mis iras se vuelvan.
Lee velozmente el papel.
El à Dios último
es de Raúl, en su postrer aliento.
Este don de su muerte...
Gabriela viendo su alegría.
Os es bien dulce.
Fay. Un vale semejante solo hacerlo
puede un amante que se ve adorado.
Gab. Si Señor, yo le amaba, lo confieso:
y creí que ocultároslo debia,
juzgando que à los dos seria funesto
aviso semejante. Aqueste héroe
pariente de mi Rey, de los excelsos.
Cúcis glorioso hijo, y de mi mano
en todo digno, desde mis mas tiernos
y pocos años quise siempre fina.
Mi corazon à todos sus derechos
se vió al fin à rendirse precisado;
y à no morir mi madre, nunca fiero,
à otro esposo, Vergi mi mano diera:
mas al Altar llevándome un decreto
riguroso y terrible; como esclava,
à viles intereses puesta en precio,
de mi padre sufrí el poder tirano,
y à penar me ofrecí con juramento.
De Raúl separada tristemente,
yo misma à no mas verle me condeno:
con su vida pagó su amor burlado.
Mostrando la carta que él tiene.
Mirad lo que me queda; y aun de aquesto
teneis envidia! sin cesar dos años
combatí esta pasion, aqueste fuego
que no puedo apagar. La virtud misma
sin vos, aprobaria estos afectos;
por vuestra causa conocí tan solo
lo vergonzoso del remordimiento.
¿Pues cómo os atreveis à echarme en cara
la justa inclinacion, por que padezco,
y que no ha sido en mi nunca delito?
Yo guardaros debia, y en efecto
mi fe os guarde; pero de mi dependen
del corazon los fuertes movimientos?
aun digo mas: en medio de las penas
que siempre paso, de el dolor que siento,
me habeis visto quejar una vez sola?
de mi padre solo es de quien me quejo,
pues sin mi gusto os entregó mi mano.
El pierde al fin por su rigor violento
à su hija, à Raul, à vos, à él mismo
quizás tambien; pues si os negára cuerdo
vuestra instancia; vos fuérades tan solo
el quejoso; mas hizo à un mismo tiempo
entregándome à vos, tres infelices:
oh! quiera Dios con solo este recuerdo
castigar à mi padre, y que yo sea
última víctima de tan duros yerros.
Fay. Qué he hecho? me abomino, à vuestras plantas *Gab. lo impide.*
puesto estoy. Amor que con desprecio
es tratado, bien debe estar quejoso;
mas à qué cruel castigo me condenó!
pues siempre que ocasiono tus disgustos
duplicados martirios siente el pecho.
Violento, ardiente, estremo en mis pasiones
no puedo contener sus movimientos.
Y despues que el amor, sin poder nunca
nuestras almas unir, de mis afectos
el fuego aviva; en vos unicamente
mi existencia infelíz conservar puedo.
Mi vida si me amárais, qué felice
y tranquila que fuera! fácil medio
es la virtud à un corazon dichoso.
Yo me persuado que piadoso el Cielo

de mi Ribal te priva solamente
para estrechar la union que formó el
mesmo:
de tu pasion funesta el cebo quita,
y te deja sin lid el vencimiento:
tu yugo ya será mas leve y dulce;
cumple con tu deber, reina en el pecho
de tu esposo constante, tu alma tierna
y sublime le inspira; à tu gran mérito
debió Raul su principal grandeza:
haz que le iguale yo, pues solo anhelo
à ser digno como él de tu cariño.
De mi suerte y mi vida ya eres dueño,
de ambas responder debes à la patria.
De los famosos héroes el egemplo
he sabido seguir, si tú me animas
sin duda igualaré sus altos hechos.
Ya he logrado imitar tu piedad noble,
verás en ella que tambien te excedo.
A mis pobres vasallos desolados
quedarán mis tesoros siempre abiertos,
y me haré rico haciéndolos felices.

Con ternura.

Mas prométeme tú de que à lo menos
por una sombra fria à mi cariño
no serás insensible, y que viviendo
ya para mí; à tu preciosa vida
dejará de afligir tu dolor fiero.

Gabriela mirando con dulzura.

Y contra tanto amor cómo es posible
que se defienda mi agradecimiento?
tan tiernas quejas hasta el alma llegan;
y vos que me pedis os dé el egemplo
de las virtudes, me dejais confusa
al ver las vuestras; cuanto me avergüenzo
al mirarme ante vos; Señor, mandadme:
sacrificarme en todo por vos debo.
Oh Dios! qué es lo que digo? qué! es posible
que he de poder borrar en un momento
un amor tan constante y tan antigüo!
à Señor, bien conozco que os ofendo;
pero cómo podriais persuadiros
fuese veraz tan pronto vencimiento.
De el tiempo esperad todo, de mis ansias,
de mi solicitud y vuestro mérito.
Corrida estoy de prometer tan poco,
mas mi sinceridad prueba este miedo.

Con firmeza.

No guardemos, Señor, cosa que pueda,
de tan fatal memoria por mas tiempo
mantener el peligro. Monlac mismo
os jurará que el don triste y funesto,
aunque precioso que esta carta dice
no ha podido entregarme. Lo que os ruego
es que no vuelva yo à mirar su letra,
y nunca me nombreis al héroe excelso
à quien amaba. Claro reconozco
que no es digno de vos mi rendimiento,
y que acredita poco mi fineza,
à mi amante olvidar despues de muerto.

Con dolor.

Qué no pudiese hacerlo estando vivo!
mi vida es toda vuestra, y mis afectos...

Fay. Mi alma se entrega à la mayor dulzura.
Y qué! es posible que nacer ya veo
la Aurora de mi dicha, y que à tu mano
ha de seguir el don que tanto anhelo!

SCENA VI.

Fayél, Gabriela y Alverico.

Alv. á Fay. Una estraña noticia ahora he sabido.

Fayél con viveza mostrando á Gabriela.

Fay. No disimules; habla sin recelo.
Ya nada entre los dos debe ignorarse.
Alv. A Señor, si supierais...
Fay. ¿Qué misterio
es este pues?
Alv. A nadie ravelarlo
debo, sino es à vos.
Fay. De oirlo tiemblo.
Gab. aparte. De dónde me vendrá tal sobresalto?
Fay. Perdonadle, Señora, su error necio:
cualquier secreto que à anunciarme llegue,
à daros parte de él vendré al momento.

Váse Gabriela mirando á entrambos muy inquieta.

SCENA VII.

Fayél y Alverico.

Alv. Armance de Dijon llega ahora mismo;
Raúl vive, Señor: de conocerlo
acaba Armance.
Fayél muy alterado.
Cielos! qué! esta carta...
Sus engaños conoce y sus enredos.
Da la carta á Alverico quien la lee.
Y yo à los pies me he echado de esta infame!
bien me anunció mi corazon primero
sus horribles traíciones persuadido
que cuanto me decia era supuesto.
Y no obstante lo grato de su historia
siempre mi duda resistió el creerlo.
Cogiendo la carta enfurecido.
Pondérame ahora, pues, à su inocencia.
Alv. Señor, que estoy atónito confiéso.
Raúl con el Rey viene: ya salían
de Dijon: y Felipe vuestro obsequio
parece que en Vergi recibir quiere:
Armance sin querer perder el tiempo
en frívolos discursos, ignorando
las voces falsas que correr hicieron
de Monlac las astucias, informado
él mismo por sus ojos del objeto
que le encargasteis, pára daros cuenta
su pronta vuelta acreditó su zelo.
Pero Raúl! un héroe! me parece
era forzoso averiguar primero...
Fay. El mismo à castigarle ahora me enseña;
su infame carta es el instrumento
que mis furores guia: de la ingrata
este agudo puñal traspase el pecho,
y su infiel corazon aun palpitante
de su amante à los ojos mostrar quiero.
Alv. Señor....
Fay. Qué te estremece? mas culpable
es ella aun, no amigo; este tremendo
horroroso espectáculo ella sola
Con una alegría falsa.
ha de ser quien le vea. Atravesemos
de Cuci el corazon, y este don triste
que fingia enviar, yo seré mesmo
quien se lo traiga: en medio de la Corte,
y aun à la vista misma de su dueño
enseñando esa carta he de matarle.
Alv. Señor, mirad.
Fay. Ya nada considero:
à entrambos de su sangre artar quisiera,
y yo tambien saciarme despues de ellos.

ACTO TERCERO.

SCENA I.

Raúl de Cuci á un Oficial de Fayél.

Raul. Ve, sirve à un incógnito que acaso
su fortuna esta vez à tí encamina.
Retél à la Condesa me dirije:
con razon à los dos mi pecho estima.
Y à lo que vengo importa mucho à entrambos *Váse el Oficial.*
en fin: triste Raúl, en donde habita
tu fiel Gabriela, respirar ya puedes:
mis sentidos embarga la alegría.
Las paredes ve aquí, que monumentos
fueron de nuestro amor y nuestras dichas,
testigos fieles de una fe tan pura.
Con que dulces memorias me convidan,
que hacen felíz à quien no debe serlo.
Ahora gimo, Gabriela: muy distinta
mi quietud era al verte en otro tiempo.
Nuestras almas allí por simpatía
aun antes de mirarnos se buscaban,
y se encontraron à primera vista.
Allí mil veces de campaña vuelto
miré mis sienes de laurel ceñidas
por tus hermosas manos: otras veces
volviendo à riesgo de perder la vida,
de vengar tus injurias, aquí mismo
tus lágrimas lavaron mis heridas.
Ya próxima à partirse tu alma bella,
consiguieron mis voces impedirla
y detenerla, y para estar contigo,
sobrevivir logrando à mis cenizas,
mi corazon volvia presuroso.
¡Ay infelíz Gabriela! ¡que en desdichas
bajo un yugo tirano lentamente
la muerte te consume, y à la mia
estando tan cercano vivir logro!
no mueras por mi amor, vive y olvida
à tu amante Raúl: à qué esperanzas!
que no me quieras no, yo huiré tu vista;

pero quiero lograrla un solo instante;
ambos no es facil que tengamos dichá,
y te amo tanto que por darte alguna,
quiero del todo renunciar las mias.

SCENA II.

Cuci y Monlac.

Monl. ap. ¿A qué fin me detienen y me observan?
¿quién es aquí el sugeto que encamina
Retél à la Condesa? ¿quién la busca?
sois vos acaso?

Acercándose á Raúl que está de espaldas.

Cuci conociéndole. Monlac! es fantasia!
¿tú en este sitio aun? pues qué has sabido
que vivo estaba?

Monl. como pasm. Sí: su voz es misma!
su rostro es ese... ¡Oh piedad del Cielo!
mi amo...Señor...El es: qué aun solicitas
à la Francia servir? ¿pues que milagro

Se arroja en brazos de Cuci, que le recibe.

segunda vez te vuelve à nuestra vista?
el Cielo siempre à la virtud defiende.

Cuci. Oh amado amigo! el destino admira
que nos vuelve à juntar: mas antes dime
que motivos...

Monl. Ah! yo tiemblo, nuestra vida
aqui está en gran peligro y el zeloso Fayél.

Cuci. Se halla en Vergi es cosa fija.
Por mí no temo ahora, por su esposa
me asustan solo sus zelosas iras.
Solo por ella, aqueste humilde trage
tomé, dejando todas las insignias
de ilustre militar: por solo verla
à disfrazarme así me abatiria.
El instante he escogido, en que llamado
Fayél del Rey, de su lealtad rendida,
va à asegurarle, para venir sòlo
à cumplir una deuda tan precisa,
la única que à mi amor mi honor permite.
¿Pero à tí qué te tiene en estos climas?
¿has estado ya en casa de mi padre?
oh! ¡y cuanto me asusta y desanima
considerar su pena! pues à caso
saber mi muerte la suya causaria.

Monl. Señor, nada ha sabido de mi engaño.

Cuci transportado de gozo.

Cuci. ¿Esta vez sola conocí la dicha!

Monl. La inconstancia del Mar fué solamente
quien mi zelo atrasó; pero tu firma
una hora habrá que en manos de Gabriela
con secreto dejé, y ya instruída
de tus últimos vales...

Cuci ¿Viste acaso
si algo se enterneció cuando leía?

Monl. Que espiraba pensé en aquel momento.

Cuci. Bien preveerlo debió mi atencion fina.
¡Qué furor me cegó! ¡qué fuerte golpe
con mi espresion su amor recibiria!
corre à desengañarla, mi llegada
cuéntala luego... Pero nada digas:
quizás mas pronto abreviara su muerte,
que no los sentimientos la alegría.
Esta dicha arriesgada con cordura
procura manejar, y si se irrita
su virtud, y recela mi presencia,
mi puro afecto y mi inocencia pinta
con el mayor cuidado: sin delito,
ni aun esperanza dila que à su vista
mi amor me trae, y en fin aunque tan grande
es el ardor que el corazon respira,
soy muy digno del suyo para ingrato:
procura seducir el que le anima.

Váse Monlac.

SCENA III.

Cuci solo.

Cuci. ¡Oh esperado momento, cual me asustas!
Dios! vesla aquí, no puedo prevenirla.
Monlac; hácia esta bóveda ya viene,
y à pasos lentos parece se encamina.
Ya veo el bello rostro: con que gozo
sus facciones distingo peregrinas.
No: jamas su hermosura en sus verdores
tanto brilló como ahora en las desdichas,
que un sentimiento que yo causo, imprime
en su belleza: el corazon destila
un puro fuego: cieganme las lágrimas:

Se retira bajo un pórtico obscuro.

pero habla: oigamos.

SCENA IV.

Gabriela y Cuci.

Gabriela paseándose sin ver á Cuci.

Cuci. De entre las sombras frias.
Raúl, tu corazon me sigue siempre,
y no me deja. Fayél sin que noticia
me diese alguna se partió... Este amigo
de Retél bien podrá quizá instruída
dejarme: pero yo pensé aquí hallarle.
¡Oh qué dulce inquietud templa y mitiga.
mi gran dolor! ¡oh tú que ya no escuchas!
así anunciaba el corazon tu vista.
Cuci saliendo enteramente.
Cuci. Ya esto es mucho: lleguemos: sin recelo
bien puedo hacerlo, pues tan poseída
de su pasion de mí se está acordando.
Gab. Cielos! qué voz de aquesta galería
tenebrosa ha salido! Dios! qué miro!
Apartándose muy asustada.
Cuci. Ella teme, y aun yo...
Gab. Sombra querida,
que errante junto à mí siempre te veo,
no mi asustado pecho así persigas.
Cuci. Advierte.
Gab. A dónde huiré?
Cuci. Que tus temores...
Gabriela apoyándose en una coluna.
Gab. Es sueño! y el corazon de quien tan viva
tengo la imágen...
Cuci echándose á sus pies, tomando su mano.
Cuci. Aun vive y te idolatra.
Gabriela con grande exclamacion.
Gab. Qué! es posible, Raúl! aun tú respiras?
y vuelvo à verte? en fin ya no me admiro,
si debiendo vivir contigo unida
perpetuamente, al escuchar tu muerte
no acabase tambien.

SCENA V.

Gabriela, Cuci, Isaura y Monlac.

Gab. fuera de sí de gozo. Isaura amiga.
y tú Monlac, ¿sabeis nuestra fortuna?
Monl. Sí Señora, y...
Gab. Sí: notad mi dicha:
ve aquí mi vencedor: el honor puro
de la nobleza: de la Francia altiva
el Ídolo.
Cuci. ¿Y aquel que tanto ha hecho
por el amor, merece en este dia
alguna recompensa? aquella amante
que tan tierna otra vez...
Gab. con viveza. Aquella misma
con tu alma vive, solo tu ser tiene:
contigo à nacer vuelve en las delicias
de este dia dichoso: de mis ojos
ya agotados arranca la alegría
lágrimas dulces, que hace tanto tiempo
que ignoramos los dos. Mi alma destila
tanta dulzura, que se anega en ella
el corazon, que ya seco tenian
mis contínuas tristezas: de él no dudes
nadie te arrancará: mas bien lo afirma
el tiempo que debiera deshacerlo.
Por esto han conservado mis desdichas
las tiernas impresiones que amor solo
graba en los corazones, à quien priva
de esperanza total; tu triste falta,
tu inesperada vuelta; la inoída
fineza con que tu ánimo constante
mas allá del sepulcro pretendia
acreditar su amor; tanto à mis ojos
realza tu valor que confundida
no sé que hacerme, y por pagar tu afecto
se pasa mi pasion à idolatría.
Volviendo sobre sí como indignada.
Qué digo? ay infelíz! y vos ingrato,
que sabeis como vivo sometida
de un esposo à las leyes, si no os queda
como lo creo, detestables miras
contra mi fama; ¿porque tan sin reparo
venis à presentaros à mi vista?
quereis con mis tormentos complaceros,
con la seguridad que mis heridas
vuelvan à verter sangre en tu presencia?
Cuci. ¿Yo habia de tener la tiranía
de complacerme en vuestras desventuras
abusando de vuestra virtud misma?
oh Dios! Gabriela ya me desconoce.
De Fayél ha aprendido la injusticia:
pues no: mi pecho es siempre el santuario

donde solo por tí constante habita
un fuego puro que como el objeto
que lo inspiró, à lo sublime aspira.
Nació con mi virtud como ella es firme,
y en lo inmortal tambien al alma imita.
Y así sabed que vengo solamente
à hacer un sacrificio à vuestra vista
de todos mis deseos... Mas al veros
todas mis intenciones se me olvidan.
Mas que nunca conozco por mis venas
correr el fuego que el amor irrita.
Cerca estoy del objeto que me amaba,
y ya sin esperanza de él me priva
mi terrible destino: ¡qué tormento!
à un yugo ingrato os miro sumergida.
En el dia infelíz de este himeneo
debieron fenecer mis tristes dias.

con furor.

¡Porque no fuí como otros infelices
sepultado en los muros de Solima!
Ellos ansiosos por vivir murieron,
y yo que la aborrezco tengo vida.

Gab. Moderad pues, cruel! ese despecho,
y por piedad siquiera, reprimidas
contened vuestras lágrimas: decidme:
¿qué motivo à este sitio os encamina,
y quién pudo libraros de la muerte?

Cuci. Vos Señora, vos sola; y esta vida
à las tiernas virtudes se la debo,
que me enseñó el amor: en aquel dia,
que el altivo Richard, de un fanatismo
errado, y ciego su saña poseída,
sus míseros cautivos degollaba,
acordándome yo de la doctrina
que me enseñasteis los del Rey liberto,
alegando en su abono la benigna
constante y pura ley que tener sabe
la humildad y religion unidas:
mi clemencia su premio inesperado
presto encontró; porque despues perdida
mi libertad, entre los sarracenos
mi aspecto solo desarmó sus iras.
Al Sultan conducido por su órden,
vi emplear al socorro de mi vida
aquel arte precioso que olvidado
por nosotros el Arabe cultiva.

Con viveza.

Por su cuidado ya restablecido,
pensé que aquella tierna despedida
de mi fatal papel, un tiempo junta
con la voz de mi muerte que hizo digna
de vuestro llanto, al gusto de miraros:
particular dulzura añadiria.
Esta esperanza fue mas que las plantas
quien à mi mal sirvió de medicina:
finalmente el Sultán sabio y piadoso
al Rey que me lloraba humano envia:
tantos derechos la piedad consigue:
pues, sin que Imperio oculto nos distinga
al bienhechor del hombre, cualquier hombre
tierno respeto, y cariñoso estima.

Gabriela reflexionando con dolor.

Gab. Qué! ¡en Raúl mi Rey mira su escudo!
¡el Asia en él su bienhechor publica!
¡su nombre es el primero en las victorias!
¿y cuando todo el Mundo solemniza
tus virtudes, yo sola à no adorarte
condenada he de estar? ¡oh suerte impia?
¿yo que logré quererte la primera?

Cuci. Tu corazon me toca, aunque lo impida
la tierra toda: ¿pende de nosotros
apagar una llama que ya ardia
sin que la conocieramos? si es ella
quien à nuestra existencia vivifica,
mientras duráre el alma, no es posible
que esta pasion del alma se divida.

Gab. Oh Dios! ¡qué error así nos turba el juicio!
pronto la pena encontraremos digna:
huyendo triunfaré, de tí me aparto;
nunca volvais à verme, obedecida,
quiero ser prontamente.

Cuci. Deteneos
un instante siquiera, y yo consiga
me permitais, el que de aquí adelante
cuidareis mas vuestra preciosa vida.

Gab. De prolongar mi culpa y mis errores,
¡qué funestos cuidados tomaria!
mas culpable seré à cada momento.

Cuci. Vos! ante quién?

Gabriela con viveza.

Ante el que solo aspira
por hacerme dichosa, à dar su sangre
ante un esposo, à quien sin tí querria,
y de quien la bondad y la ternura.

en suplicios convierte mi injusticia.
¿sabes como à este esposo en este instante
olvidar à tu amor prometí fina?
Cuci. Qué! ¿ha entendido Fayél nuestros afectos?
Gab. Tu carta está en sus manos.
Cuci. Llegaria
à tal crueldad...
Gab. No tengas zelos,
en mi pecho podrás ver esculpidas
de tu fino papel todas las letras:
¡mas otra vez tan dulces fantasias
vuelven à arrebatarme! vete luego,
escusa à mi virtud la afrenta indigna
de defenderse: vive por la gloria,
ya que tan fino por amor morias.
Cuci con abatimiento.
Cuci. ¡Y qué importa la gloria à el que en tí sola
para siempre perdió toda su dicha!
Gab. Tu Rey à quien adoras....
Cuci. Nos separa.
Gabriela con viveza.
Sin saber nuestros males los mitiga;
tu reinas en sú Corte, sus favores...
Cuci. Nada sin tí mi desventura alivia.
La Corte, el Mundo es para mí un desierto.
Gab. Tú darme egemplo de valor debias.
Cuci siempre abatido.
Cuci. Ya perdido lo mas, piérdase todo.
Gabriela siempre con viveza.
Gab. Tú à lo menos podrás en tus desdichas
exalar el dolor; y à mí en secreto
el corazon deborarán las mias.
Llora lejos de mí, nada te estorba,
y déjame à mí sola la delicia
de ser quien mas la compasion merezca.
Partid, pues, antes que Fayél lo impida
que de Vergí podrá volver muy pronto.
Desengañada su intencion maligna
de la voz que ha corrido de tu muerte,
en descubrir tus pasos su ojeriza
ocupada estará: quizás ya sabe
de que llegado aquí...
Cuci. De quien temia
ser yo visto era Armance, mas seguro
estoy que no me vió.
Gab. ¿Pues quién motiva
este rumor? mirad los dos que es esto.

Vánse Isaura y Monlac.
Ah! si llegase, ¿y cómo de sus iras
os pudierais librar?
Isau. volv. á salir. Fayél ha vuelto.
Gab. Huid ya siempre de mi vista.
Cuci. Yo huir?
Gab. ¿Pues quieres arriesgar acaso,
à un mismo tiempo que mi honor mi vida?
Cuci. Ya me voy, atento à tu honor solo:
el mio sin dudar se sacrifica.
Y Monlac?
Isau. A Fayél detiene astuto.
Váse Cuci por un lado.
Gab. Ocultemos mi afrenta y mi agonía.

SCENA VI.

Fayél, Alverico y Guardias.

Fayél entrando por el fondo del Teatro con la espada desnuda, y viendo salir á Gabriela.

Fay. Sola está y huye! ah! Monlac infame,
atrevido à oponérseme la vida
de su Dueño salvo! pero à lo menos
el temerario feneció à mis iras.
Alv. Acia aquí mal herido se dirige.
Monlac herido y hablando con trabajo.
Monl. Señor, si con mi muerte se mitiga
vuestro enojo... Raúl es virtuoso...
Inocente tambien tu esposa digna....
Yo muero. *Cae.*
Fay. Ah impostor! de mi presencia *llev.*
que lo quiten al punto. Aquesta antigüa
galería cerrad; cercadlo todo;
traed luego su cómplice à mi vista:
que ante esta infame en el instante muera;
hazla venir aquí. *á Alverico.*
Alv. Señor, podria
este furor violento...
Fay. Reportarme
procuraré, guardemos la cuchilla.
Envaina la espada.
Ya à mis ojos borraron tus delitos
todas tus gracias: esas fementidas,
pérfidas lágrimas han endurecido
el corazon y las entrañas mias.
Ya no habrá para tí piedad ni gracia,

mayor será mi furia que tu iniqua
detestable conducta, y aumentando
los males de Raúl con tus desdichas,
por prolongar tu muerte, de la suya
dilataré la hora; mi ojeriza
de su infiel corazon sabrá arrancarte,
haciendo mueras con el que le anima.
Y en arroyos de sangre derramada
apagaré mi amor y mi ignominia.

Se apoya á una coluna.

Alv. ¿Pero estais bien impuesto en este
asunto?
¿y sabeis porque causa así publican
la muerte de Cuci?

Fay. con furia. Todo lo ignoro,
y solo sé que entre la comitiva
no viéndole del Rey á mi llegada,
me informaron dispuso su partida
con bastante misterio; yo creyendo
que solamente así lo dirigia
con el fin de ofenderme, sin pararme
en mas informaciones, repentina
por solo sorprenderlos, di la vuelta.
En sus dos corazones la mentira
agotó sus engaños y traiciones.
De falsos ruegos esta infiel valida
sola y sin mí quedarse procuraba,
siendo la repugnancia que fingia
en seguirme á la Corte, manejada
á encubrir de su amante la venida,
este vil confidente (que ya ha sido
con justa causa mi primera víctima)
á su Dueño con arte se adelanta;
y encubre su llegada la noticia
supuesta de su muerte aquella carta
para engañar mejor, con arte escrita:
me dejan sorprender, y la perjura
finge una confesion, en donde brilla
el honor mas sublime, siendo solo
á recibir su amante dirijida...
Pero no vienen: se escapó sin duda.

Alv. Bien conozco, Señor, fuera osadía
quererlos disculpar: haberse visto
bastantemente su pasion indica:
¿Mas paraque esta carta, estos rodeos?
forzoso es que esta trama tan tejida
con tanta maña encubra estos proyectos.

Fay. ¿Pues no conoces donde todo estriva?
Monlac de su furor arrebatado
mi muerte procuraba, y con la misma
vil intencion su dueño se me oculta.

pase.

Y la ingrata... Quizás tambien querria
en mi sangre lavarse: muchas veces
de una muger infiel esta es la mira.
Cansada acaso de esperar mi muerte,
la abreviará para lograr sus dichas;
y siguiendo los vicios será fácil
que al adulterio el parricidio siga.
Sí; de tu amor mi muerte es el objeto;
sino puedo quererte, ya mi vida
de qué me sirve? pero mi venganza
sangre desea: traigase à mi vista
esa pérfida luego, yo lo mando:

A Alverico y váse.

bastante aliento tengo todavia
para hacer un esfuerzo: mas terrible
será mi rabia siendo mas tranquila.
De Gabriela imitemos las astucias;
con gran serenidad las mas iniquas
acciones arrostremos, y dejándola
algun tiempo gozar de su alegría,
para hacer mas terrible su suplicio
fingamos ignorar su trama indigna.

Alv. volviendo. Aquí está ya.

Fayél echando mano al puñal y deteniendo á Alverico.

Fay. Oh Dios! tened mi brazo.
Vé, corre pronto, y al instante avisa
si su amante está preso; aquí te espero.
Vosotros en la bóveda vecina

á las guardias.

os esperad.

SCENA VII.

Fayél y Gabriela.

Fay. Señora, á vuestros ojos
otra vez me conducen mis caricias.
Prontos á separarnos, segun pienso
por largo tiempo; mi amistad quería
confiaros asuntos importantes,
que mi pecho en el vuestro deposita.
Vos huis de la Corte, no me opongo:
yo solo seguiré hasta las orillas
del Sena á mi Monarca. Si este sitio
tiene para con vos tantas delicias,
de él no saldreis, ya estais por mí escusada
ante Filipo: tengo conocidas
vuestras razones: el volver á veros,

con vuestro amante, con razon temia
vuestra virtud, y ahora mas que nunca
temer debierais su arriesgada vista.
Porque no dudo estais bien informada
de como desmintiendo las noticias
que hubo aquí de su muerte, Raúl vive
y vuelve vencedor: ved si en el dia
en que el amor de entrambos he sentido,
no aprobaré la sabia y advertida
circunspeccion que así los riesgos huye.

Con ironía.

Ya mis sospechas quedan desmentidas,
y sé cuanto de vos puedo fiarme.
Que impedireis discurro la atrevida
presencia de Raúl en esta ausencia:
y si á entrar se atreviese su osadía,
le entregareis vos misma á quien me vengue. *Con amenaza.*

Gab. Señor, si sin llegar á mi noticia
tuviese aliento de venir á verme,
desterrándole luego de mi vista
á no verle jamas, y dándoos parte,
vuestro amor me persuado ablandaria.

Fay. alte. Nadie de mi furor le libertára.

Aparte.

¡Qué es lo que digo yo!

Gab. ap. Conmigo misma
tengamos cuenta, no quizás me pierda.

Fayél mas tranquilo.

Fay. ¿Este criado incógnito le envia
acaso vuestro amante?

Gab. asustada. Raúl! creyerais?

Fayél con ironía.

Fay. Aquesta turbacion me tranquiliza
y me asegura: ¿mas por qué de nuevo
os inquietais? qué objeto lo motiva?

Gabriela mas serena.

Gab. Nada me asusta; sin misterio alguno
he visto ese criado; la noticia
le dió Monlac de haber su dueño vuelto.

Fay. Monlac? discurro estais mal instruída;
pues yo sé que le espera en otra parte
quizás por poco tiempo. ¿Mas debia
de Retél el amigo así ocultarse?

Gab. Ya partió?

Fay. Yo lo dudo: orden precisa
dí de buscarle: porque siendo amigo
de Raúl, que supiese convendria
la suerte que le espera, si es que acaso
engañarme intentase su malicia.

Aparte con alegría, viendo entrar las Guardias.

Ya viene, ruído escucho: y bien?

A Alverico.

SCENA VIII.

Gabriela, Fayél, Alverico y Guardias.

Alverico bajo á Fayél.

Alv. Se le busca en Palacio, y se imagina
que á esta hora en Dijon... *alto á Gab.*

Fay. bajo. Allá voy luego,
forzoso es que mientras yo no asista
en Autrey, contra el Duque su defensa
asegure prudente: mi partida
voy luego á disponer; pero muy breve
podré volver quizás á vuestra vista.

Da un paso y se pára.

Al verla á mi pesar mi amor se inflama,
mas mi victoria adoro al ir á herirla.

Váse con las Guardias y Alverico.

SCENA IX.

Gabriela y Isaura.

Gab. Tan abatida estoy que ya no siento.
Qué furores serán los que le agitan?
si sabrá que Raúl... Ah! vén, Isaura,
advierte mi temor, mi susto mira.
Sí; de Fayél penetro el sobresalto,
de Raúl ha sabido la venida.
Viste á Monlac cuando salió de hablarle?
¿y el asunto se ignora todavia
de su conversacion?

Isaura asustada. Señora, á todos
un oculto pavor atemoriza.
En todos los semblantes consternados
claramente se ven vuestras desdichas.
Todo en Palacio se confunde y turba,
ninguno á mis preguntas da salida.
Huyen temblando cuando á Monlac nombro:
á un soldado advertí de mi encubria
un brazo ensangrentado.

Gab. exclam. Aquesto es hecho:
del desastre cruel la seña iniqua
está ya dada, y Monlac ha sido

del horrible rencor primera víctima.
¿Cuál, infelíz Raúl, será tu suerte?
vén, á lo menos logre yo la dicha
de la primera: y luego finalmente
la rabia de Fayél así consiga
que estos dos corazones que separa
logren unirse al acabar la vida.

ACTO CUARTO.

SCENA I.

Gabriela y Isaura.

Gab. En vano, Isaura, asegurarme intentas;
yo he perdido del todo la esperanza.
Junto á estos muros esta Guardia puesta
que Fayél al partir dejó doblada,
me anuncia que Raúl no habrá salido:
y mientras aquí esté me sobresalta
y asusta todo.
Isau. Cuando aquí estuviera
qué importa si Fayél no sabe nada?
y á saberlo ¿pensais que partiria
sin que primero averigüar lográra
su sospecha? no hay duda, vuestro esposo
ácia la Corte con Filipo marcha:
justamente podeis con su partida
disipar vuestro susto, confiada
podeis quedar, pues bien habeis notado
que su serenidad no perturbaba
la inquietud de los zelos.
Gab. Aquel pecho
en donde reina esa pasion bastarda
muy pronto al fingimiento se acostumbra.
Isau. Siempre sus intenciones declaradas
las inquietudes de Fayél dejaron,
mas esta vez no declaró su cara
de esta pasion rabiosa alguna seña.
Gab. Es muy antigua esa funesta llaga
para poder tan presto así mudarse.
Esa fingida y sospechosa calma
es la que aumenta mis temores justos.
Quizás que por estar tan ocupada
en observarme bien mis inquietudes
juzgan mal de las suyas. Otra causa
de asegurarme tengo en la tranquila
y serena sesion que Monlac trata.
La relacion de Armance y Alverico
tambien minora mi desconfianza.
Mas mientras de Cuci el destino ignore,
no ha de salir de su opresion el alma.
Vé y mira...
Isau. Yo quisiera que un instante
por la postrera vez veros lográra,
y á conocer le dieseis, si á este sitio
le condujesen otra vez sus ansias,
cuanto el amor y honor ofenderian:
que de una eterna ausencia la tirana
y dura precision padecer debe
un amante y un héroe que idolatra
vuestro sosiego: el que desesperado
está ya, solo escucha una palabra;
y la sentencia que á morir le obliga
solo debe su amante pronunciarla.
Gab. No: de mi boca no llegará á oirla:
de su presencia librame arriesgada.
Cuánto hoy me asusta su terrible espanto!
oh! ¡con qué fuerza vuelve á arder la llama
que me consume! ya no es la suave
y tranquila pasion que alimentaba
mi tierno pecho: á fuerza de oprimirla
y contenerla, ya tan irritada
se manifiesta que lo vence todo,
y el corazon no basta á sujetarla.
Este fuego es quien solo me mantiene;
si yo á Raúl el olvidar lográra,
moriria logrando mi victoria.
Mi delito detesto y á él me arrastra
mi funesto destino.
Isau. Mas, Señora,
volved en vos, dejad esas estrañas
odiosas aprehensiones...
Gab. Quien pudiera
con digno llanto conseguir, Isaura,
borrar estos suspiros vergonzosos.
Ah! por piedad, amiga, échame en cara
mi detestable culpa: por curarme.
mi vergüenza, delito y dolor agria.
Dime que tu amistad tengo perdida:
de un ciego error à veces desengañan
los contínuos sonrojos: vé, y si acaso
Raúl aun se mantiene en esta estancia,
à ese infiel corazon intima luego
la terrible, cruel sentencia infausta
de un eterno destierro: pero, amigo,
procura suavizar con tus palabras
sus terribles tormentos; que reciban

algun consuelo sus amantes ansias,
pues á matarle vás; dí que mas penas
solo las ocasionan sus desgracias:
díle que yo su ausencia he decretado...
Y á quien le cuesta sus mas tiernas lágrimas.
¡Qué comision te doy! la amistad sola
la ternura y valor sabe unir sábia.
Pero vele aquí: huyamos.

SCENA II.

Gabriela, Cuci y Isaura.

Cuci saliendo por donde entró el acto anterior, y deteniendo á Gabriela.

Cuci. Deteneos:
y escuchadme, cruel. Avergonzada
se mira mi obediencia de haber huido
del terrible peligro que amenaza
á Monlac y á vos misma: solo intento
tener con ambos parte en la desgracia.
Gab. Ese riesgo cesó; pero os destierra
el honor riguroso; á su jornada
Fayél partió tranquilo: con discursos
artificiosos tuvo Monlac maña
de alucinarle para disuadirle:
ya se ausentó de aquí: sino me engañan
segun lo que me han dicho, me persuado
que cerca de estos muros os aguarda:
idos, pues conoceis todos los pasos.
Cuci. Si ningun riesgo aquí nos embaraza,
logre un instante tan siquiera hablaros.
Gab. No!...
Cuci. La misma virtud así lo manda.
Gab. Que os huya solo quiere.
Cuci. deteni. De no hacerlo
me mirareis morir á vuestras plantas.
Gab. impetuos. ¡Así osais detenerme!
Cuci. Sí, me atrevo.
Gab. Temerario, ve aquí la única causa
que te ha traido: de mi amor funesto
solo hablar quieres: oprimirme trazas
con mis pesares: ¡mas en mi delito
cebarme intentas! tus culpables ansias
te hacen menos temible á mis virtudes.
Raúl ya de mi amor y mi constancia
pretende hacerse indigno! aborrecerle
será preciso y mi mayor desgracia.
Cuci deteniéndola siempre.

Cuci. Ingrata, de formar avergonzaos
una indigna sospecha que me agravia,
el honor es quien solo á hablar me obliga.

Gabriela le escucha.

Poco há que enternecidas nuestras almas
al mirar nuestras penas su entereza
vieron titubear: vuestra esperanza,
vuestro solo deseo fue la muerte:
yo quiero que de triunfos coronada
asegureis vuestra preciosa vida.
Yo causaba sus males, yo turbaba
su inquietud toda: pague yo la pena.
A este amante infelíz que os idolatra
olvidad para siempre. Oh Cielos! ¡cómo
Raúl pronuncia tan desesperada
y terrible sentencia! sí: mi afecto
de vos una accion pide, que imitarla
me será á mi imposible. En tal momento
á nuestros corazones solo falta
que mutuamente tiernos se socorran.
Mi suerte sea feliz ó sea infausta
en todo ha de arreglarse por la vuestra:
y mi vida ó mi muerte decretadas
serán por vuestro egemplo.

Gabriela con dulzura.

Gab. Bien, Raúl mio,
hagamos que la union de nuestras almas
la virtud siga que engendrarla supo.
Las pasiones ardientes y elevadas,
solo nacen en grandes corazones;
quien las conoce sabe sujetarlas.
No es el valor una tibieza estoica;
es una ardiente y encendida llama
que á lo heroico aspira: bien conozco
ser intento imposible que apagada
esta pasion se vea; pero el triunfo
conseguiremos con purificarla.
Considera, pues, cuanto en los principios
nuestros amantes pechos inflamaba
de virtud solo el nombre; como de ambos
la recíproca union era la causa
de seguir el honor: que el amor mismo

ha servido de norte á nuestras almas,
que á lo glorioso siempre han aspirado.
De despertar con tu discurso acabas
este zelo en mi pecho, y en el tuyo
el mismo efecto mis razones causan.
Procuremos en nuestros desvarios
á ninguna flaqueza dar entrada.
Este dichoso instante aprovechemos;
prometamos vivir, dando palabra
de eternamente no volver á vernos.
Mientras yo de la Corte retirada
en tranquilas virtudes me egercito;
en teatro mas público levanta
á las tuyas honrosos monumentos.
Sirve siempre de oráculo á la Francia:
de humanidad, de egemplo á los mortales:
ilustra al mundo y á la patria ensalza.
Amigo de tu Rey marcha á su lado,
y sírvele de escudo en las batallas.
Ofréceme en obsequio todo el mérito
que adquirieren gloriosas tus hazañas:
cuando el amor mi imagen te presente,
creyéndome testigo de aumentarlas
tendrás mayor cuidado; y de este modo
toda sombra de culpa disipada,
logrará nuestro afecto un sér sublime,
y al pesar del deber de la desgracia
y el himeneo para siempre cuerdos,
conservarémos nuestro amor sin mancha

Cuci. Dónde estoy? Cielos! qué encanto lisongero
así hechiza, suspende y arrebata
potencias y sentidos! ¡cuántos gustos
y cuantas penas en sí siente el alma
á un mismo tiempo! ¡quién me habia escogido!
qué amante pierdo! ¡su virtud me encanta
aunque ocasiona toda mi amargura!
¡qué tierna y dulcemente nos arrastra
la hermosura tras sí ¡cómo domina!
¡un débil corazon que pocas armas
para resistir tiene! aquesto es hecho:
dar cuenta debo al mundo y á la patria
de los tesoros que con mano pródiga
me habeis, Señora, enriquecido el alma.
Hechura vuestra soy, cuanto egecute
todo procederá de vuestra causa.
Seguro que seré querido siempre
por complaceros fuerza es que renazca.
Cuidaré de mi vida, solamente
por agradaros, por sacrificarla
por mi patria y mi Rey, por tantos tristes
á quienes la fortuna desampara:
(y con todo no son tan infelices
como nosotros) quiero que la fama
á pesar de los héroes que lo envidien
diga porque redunde en tu alabanza:
,, Raúl de su Gabriela para siempre
,, cruelmente privado tuvo tanta
,, fuerza para vencerse que obediente
,, pudo vivir, y consiguió imitarla.

Gab. Ya á Raúl reconozco: este glorioso
vencedor mio nunca conquistara
mi corazon á merecerlo menos.
De egercitar es tiempo mi constancia
y el zelo tuyo. Aliento... Separémonos.

Cuasi enmudecida. Cuci entremetiéndose.

Cuci. La resistencia y el valor me faltan.

Gab. mir. con firm. No, Señor.

Cuci. Perdonad: al dividirse
con mayor fuerza, parece que se enlazan
nuestros dos corazones. Triste triunfo
de horrores lleno, aunque tambien de gracias.

Gabriela apartándose un poco.

Gab. ¿Y á mí me cuesta menos? procuremos
si puede ser el ocultar mis lágrimas.

Cuci siguiéndola.

Cuci. Hasta mi corazon corren las mias.

Gabriela parándose.

Gab. Para siempre, Raúl, de tí se aparta
tu Gabriela infelíz: á Dios te queda.

Apartándose mas.

Raúl. A Dios.

Gab. Encubre su salida Isaura.

Váse con Raúl.

SCENA III.

Gabriela.

Gab. Tu ley severa, oh Cielo! satisfecha
debe de estar: en la cruel batalla
de que salimos hemos empleado
todo el valor y toda la constancia
que á nuestro fragil sér se le permite.
A tu socorro se abandona el alma.

Tu bondad premia las virtudes todas.
De este héroe cuida, de su desgraciada
pero preciosa vida: qué á perderla
le habrán traido sus amantes ansias!
mas qué triste rumor es el que escucho?
Va creciendo, se acerca, suenan armas.

A Isaura que sale.

Díme y Raúl?

Isau. Señora, está perdido.

Gab. ¡Qué es lo que miro!

SCENA IV.

Fayél, Cuci, Gabriela, Alverico y Guardia. Fayél persiguiendo á Cuci que se defiende de él y de sus Guardias.

Fay. Suelta aquesta espada.

Cuci. No me has vencido aun: toda esa gente
me importa poco: nada me acobarda.

Cáesele la espada, y la coge Alverico.

Fay. Alverico, haced que le encadenen.
Todo estaba previsto, y es ya vana

A Cuci.

tu resistencia. Abranse esas puertas:

A la Guardia.

malvados viles, ved de vuestra infamia
al cómplice ya muerto por mis manos.

Vese á Monlac muerto en la galería.

Gab. Cielos!

Cuci. Monlac asesinado!

Gab. á Isau. ¡Qué tú no me creyeses!

Cuci. acercándose á Monlac.

Cuci. ¡Quién pensára
semejante maldad! oh monstruo! goza
de tu indigna victoria.

Fayél tranquil. Ya empezada,
de vuestro cruel suplicio veis la prueba:
traidor, del mismo modo procurabas
encubrir tu perfidia que aquel dia,
en que astuto partiéndote ácia el Asia
tu vil amor aquí á ultrajarme vino;
tu mismo apresuraste mi venganza.
Bien conocí, no hallándote á mi vuelta,
que ocultándote solo procurabas
venir aquí sabiendo mi partida.
Mas yo que los engaños despreciaba,
precisado á fingir tambien me he visto.
Ya caiste en el lazo que me armabas,
y que vuestros delitos engañosos
pusieron á mi vida y á mi fama.

Cogiendo á Cuci y llevándole ácia Gabriela.

Ven que tu sangre en este punto mismo
sobre ella salte; teme desdichada,
su muerte empieza tu suplicio horrible.

Vale á herir.

Gab. deteni. Tened

Alv. impid. tamb. ¿Qué haceis, Señor?

Cuci. Fiera tirana,
hiere; muero contento si consigo
á sus ojos morir: mas por qué ultrajas
sus sublimes virtudes? es preciso
para hacerme morir el infamarla?
Quién? nosotros formar contra tu vida
tramas indignas! si me gobernára
por esas miras, sin duda en otro tiempo
cuando tu amor su mano me robaba,
ante los ojos mismos de su padre
me hubieras visto pronto á la venganza,
obtenerla ó perderla en desafio.
Pero tú que mi honor así disfamas
con supuestas maldades, solo intentas
poder asesinarme con ventaja.
Pues bien, vil impostor, yo te desmiento,
y antes que muera declaro ante la Francia
y el mundo todo que inocentes somos
Monlac, Gabriela y yo. ¿De qué te espantas?
su esposo no eres ya, pues te has armado
contra su vida: mi valor reclama
la ley de los ilustres Caballeros:
mas de una mano dejará vengada
á su gloria y mi muerte.

Fay. Esa ley sola
es la que busco yo. No me acobardas.
Tu caracter respeto al mismo tiempo
que miro con desprecio tu vil alma.
Armadle luego. Vámonos al campo.
De mi justicia cuidará mi espada:
castigarte podria, y aun sin duda
tengo derecho á hacerlo; mas pensabas
quizá al morir que yo temerte puedo?
No; Frances como tú solo me agrada

la venganza, y á vista del peligro
doble satisfacion siento al tomarla.
Cuci. Esta vez solo se ha mostrado digno
de ella tu corazon: vamos.
Gab. poniend. en medio. ¿Aguarda
qué vas á hacer? detente, temerario:
A Cuci.
qué nuevo horror vuestra iracunda fragua?
y vos, bárbaro, vos contra mi esposo
quereis ensangrentaros? Vos de infamia
cubrir á mi virtud? de parricidio
cargarme quieres? detesto la esperanza
y el amor que os la da: vuestra venida
á este sitio mi muerte apresuraba.
Conocerlo debriais: no me quejo:
vuestra vida tambien aquí arriesgada
estaba con la mia, procuremos
que quede por lo menos expiada
nuestra imprudencia. Si nuestras razones
á su cólera aquí no desengañan;
morir os toca pues que por vos muero.
Vos, Señor, escuchad.
Fay. con viol. Cuanto ahora, ingrata,
decirme quieras, á instruirme solo
de tu amor servirá: contra tí hablan
tus mismos ojos: cómplice me haces
de mi ultraje y mi afrenta: en tus miradas
se llega á traslucir: claro se imprime
mi deshonor en todas tus palabras.
El te quiere; es querido, tus delitos
dobles son estos. De zelosa rabia
llenas mi corazon. Su muerte ordenas:
Señalando á Cuci.
conmigo morirás, aun que lográra
salir él victorioso. Ola soldados,
á esa infiel de mi vista separadla:
de Alverico á las órdenes la dejo. *lleva. Cuci á la guardia.*
Cuci. Al Rey sois responsables y á la patria
de su vida...
Fay. Por todos yo respondo:
obedeced lo que mi voz os manda.
A Cuci tomándola por la mano.
Ven á saciar la sed que nos consume:
la ardiente sed á quien tan solo apaga
la sangre de un ribal aborrecido.
Consiga mi furor, pérfida, ingrata,
que fenezcamos ambos tristemente:
acabe de una vez cuanto te amaba.

ACTO QUINTO.

SCENA I.

El teatro representa un calabozo, donde se ve una mesa de piedra, y dos columnas: la mesa ha de estar algo oculta con la una.

Gabriela sentada junto á la mesa, sobre la cual habrá una lámpara.

Gab. Oh! qué triste, qué lenta y qué terrible
¡se presenta mi infausta y postrer hora!
esta es mi tumba, viva me sepultan:
oh suprema justicia! mis congojas
despues de tantas penas te suplican
que entre mi pecho y vos juzgues tu sola.
Si un corazon sensible es una prenda
digna del Cielo, dime ¿cómo logra
de vuestros dones ser el mas funesto?
¿mi delito cual es paraque toda
la serie de tormentos así pruebe?
¿habrá en el mundo acaso una persona
que se queje mirando mis martirios?
pero nadie me oiga la dudosa
y triste suerte del fatal combate:
donde vencido y vencedor me asombra
el furor de Fayél! sin duda alguna
que algun secreto horror me proporciona
Con viveza.
¡Pero Raúl peligra y yo me inquieto!
ay mi triste Cuci! si casi toda
tu noble sangre derramaron fieros
los sarracenos, ¿cómo dí la poca
que te ha quedado defenderla puedes?
tus brazos débiles con trabajo logran
el preciso manejo, y á tus manos
falta el valor que al corazon le sobra.
Qué es lo que digo? ¡cómo preocupada
en otro que en mi esposo, mis zozobras
se interesan así! sola yo muera:
Se levanta.
mi sangre vierte: quita de esta forma
el orígen fatal del ódio vuestro.

Reservad vuestro aliento á las victo-
rias
que vuestros enemigos os ofrecen.
Ese honor falso que maldades brota
abandonad magnánimos; ¿que objeto
á riesgo pone vidas tan preciosas?
ha de perder por mí la patria un hijo?
mas mi muerte me anuncian: qué di-
chosa
mi suerte miro!

SCENA II.

Gabriela, Alverico con dos guardias.

Gab. ¿Y bien qué ha sucedido?
Alv. Que no teneis esposo ya, Señora.
Gab. Gran Dios!
Alb. Junto á la torre que sus zelos
para observaros solo á mi custodia
rezelosos fiaron, vi el combate
que solo gobernaba una furiosa
y vengativa ira: la destreza
con el valor se olvidan y abandonan...
En campo alguno se miraron nunca
reliquias tantas de mortal discordia:
maltratadas espadas por el suelo,
robustas lanzas en el aire rotas:
retumba el yelmo al repetido golpe,
ardientes chispas el escudo arroja.
Pero de fuerte herida traspasado,
Raúl á vuestro esposo desazona
y del caballo cae; queda triunfante
el valiente Cuci, cuya victoria
ya decidida á libertaros viene.
Gab. Anda, vé, corre, y á Raúl estor-
ba,
que hasta aquí llegue: si lo egecutase,
mi vida acabara mi mano propia.

SCENA III

Gabriela y dos guardias.

Gab. Ah cruel! vé! aquí de tu venida
todo el objeto, la esperanza toda.
Vengarme solamente procurabas,
y durante el combate, temerosa
quizás me interesaba por tí solo:
de mi esposo agraviando la memoria,
solo pensaba el riesgo de tu vida.
¡Oh Fayél infelíz! culpa horrorosa!
atroz remordimiento! ¿yo he podido
ocasionar tu muerte? qué congoja!
en pago de tu amor! de un parricidio
la causa he sido! tu funesta sombra
airada seguirá por todas partes
los temerosos pasos de tu esposa.
esclamándose.
Aniquila, gran Dios, en el sepulcro
esta culpable que formaron todas
las iras del destino, y nació solo
á traspasar los pechos que la adoran.
¿Mas qué horrible espectáculo ahora
miro?
el dolor y la lástima me ahogan:
mi esposo moribundo aquí conducen.

SCENA IV.

Fayél, Gabriela, Alverico y guardias con achas.

Gab. Castigadme, Señor, mi culpa sola
vuestra muerte origina.
Fayél herido, ceñido con una banda.
Fay. Satisfecha
serás en breve. Pronto á esa traidora
apartad de mi vista. Que se cumplan
las órdenes que he dado rigurosas.
Cuando lo estén, volvedla á mi presen-
cia.
Gabriela á quien se llevan.
Gab. Solo vuestras desgracias ocasionan
mis verdaderas penas.

SCENA V.

Fayél, Alverico y guardias.

Fayél sentándose junto á la mesa.
Fay. Mis delicias
consisten solo en prepararte otras.
Con este fin bajé á este obscuro sitio.
Alv. Pues que con una herida peligrosa...
Fay. No es tanto como tú te lo imaginas.
Raúl se prometió ya la victoria
al verme herido; pero levantado
por Armance, consiguió mi cólera
de mi enemigo traspasar el pecho.
Satisfechos morimos, pues que logra
nuestro rencor saciarse en nuestra san-
gre
Tu muerte, ó pérfida, seguirá muy pron-
(ta

nuestro felíz destino.
Alv. Sosegaos.
Ya os he dicho, Señor, como furiosa
al oir vuestra muerte, maldeció
á su amante Gabriela.
Fay. Pues que importa?
¿es por eso quizás menos culpable?
sus visitas secretas: su engañosa
y execrable conducta... Sus maldades
la propria sangre de Raúl abona:
fue el Cielo nuestro Juez; él le castiga;
que se oculte su muerte; esa alevosa
creyéndole triunfante ante sus ojos
ha de ver puesto el corazon que adora.
Vase un soldado à llevar esta órden.
Alv. Pero, Señor, vuestra vertida sangre...
Fay. La que me queda vivo fuego arroja,
hierve en el pecho, y encendidas llamas
mi rabia horrible por mis venas brota.
No imagines que muera de esta herida;
mas seguras harán mis manos otras
en viéndome vengado.
Alv. Qué proyecto!
Señor, vivid.
Fay. La vida me es odiosa.
Mi corazon rabioso morir quiere;
pero matar tambien mi pasion loca;
en mi mano no está quedar con vida,
ni perdonar tampoco á esa traidora.
Por ponerla á tus pies, querido hubiera
tener del mundo entero la corona;
la muerte que mereces doy llorando;
no le queda á mi amor luego otra cosa
que hacer por tí, sino tambien matarme.
Alverico: cuando del alma toda
esta pasion llegó á tomar dominio,
las tristes consecuencias horrorosas
de mi funesto amor preví al instante.
No sé que sustos, que terror, que sombras
mis amorosas ansias inquietaban.
Todo anunciaba en señas espantosas
en mi amor las desgracias de mi vida.
Trae un vaso tapado y una carta, y lo pone sobre la mesa.
Todo está pronto ya; con sus congojas
deleitemos la vista: qué tranquilo
los instrumentos miro que las forjan!
Toma la carta y la enseña à Alverico.
Reconoce el papel en que su infamia
me enseñó el arte de vengar mi honra.
Poniendo la mano sobre el vaso.
Este presente que inventó tu amante
pronto recibirás: ah! que horrorosa
presentándola yo será esta prenda!
Descubre el vaso.
Gima tu corazon, sus senos rompa
la vista horrible de este tan sangriento.
Le vuelve à cubrir.
De tu amor el objeto y la memoria
tus verdugos serán.
Alv. Pues qué?
Fay. Que gusto
lograr espero cuando temerosa
en este corazon, que preferido
al mio fue, su amante reconozca,
y mire por castigo à sus delitos
el triste don que así los ocasiona.
En medio de ambas víctimas entonces
triunfante moriré. Vela aquí ahora.
Se extremece.

SCENA VI.

Fayél, Gabriela, Alverico y guardias.

Gab. A Señor, terminad ya mis tormentos:
de la muerte la imagen espantosa
hace morir mil veces.
Fay. ¿Te han contado
como Raúl despues de su victoria
de sacarte de aquí el honor pretende?
que habiendo conseguido ya su cólera
herirme mortalmente por tu causa,
para forzar tu cárcel tenebrosa
solo espera à Retél?
Gab. Matadme al punto,
y frustareis sus esperanzas locas.
Dándole el papel.
Fayél señalando el vaso.
Fay. Estas son tu sentencia:: Y mi venganza
si me asusta Raúl, juzga tú ahora.
Al ir à tomar el vaso, mira à Fayél, y este la detiene.
Pero detente... Me desarmó su vista,
su desesperacion temer importa
y su llanto; tambien volver los ojos
al ir à herir à quien el alma adora.
A su extremo mis iras han llegado,
y mi pasion aun es mas poderosa:
sí: yo quiero que muera, mas no puedo
mirar su muerte. Vamos: qué congoja!

Vánse con él los guardias, llevando las hachas: quedó sola la lámpara.

SCENA VII.

Gabriela sola.

Gab. ¡ Cuanto le compadezco ! y esta carta
cuyas tiernas palabras enamoran...
(Ah Raúl no pensó sobrevivirme)
dicen así: mi corazon, qué gloria !
es mas dichoso, y en tus manos queda.
Mas ve aquí el fin de mis desdichas todas,
y de Fayél el don que mas estimo.
Mirando el vaso.
Ansioso ya mi corazon se arroja
al veneno fatal: en fin mi amante,
pues vives tú,mi suerte es bien dichosa.
Descubre el vaso, y da un grito terrible.
Oh Cielo ! un corazon ! maldad horrible ! *Con una voz sorda.*
Ah! Raúl... Ya acabó... *cae en la silla.*

SCENA VIII.

Gabriela y Isaura.

Isaura hablando á los guardias que estan à la puerta de la parte de afuera.
Isau. Nada me estorva,
¿ la juzgais delincuente ? yo su cómplice
tambien he sido; nada me sonroja.
Dejadme tener parte en sus tormentos
y en su muerte tambien. Y pues, Señora...
Se acerca à Gabriela que la hace una seña sin poder hablar.
¿ Qué me matais con tanto horror y susto ? *Habiendo visto el vaso.*
oh delito ! Gabriela ! accion furiosa.
Moribunda ya está, yerta, la vista
fija y clavada en la sangrienta forma
de aqueste corazon que solamente
reune en si las penas que la ahogan.
Qué fria está ! que pálida; no siente,
su cabeza sostengo á ver si logra
La sostiene la cabeza.
tener algun descanso: hablarme quiere:
las palabras no encuentra, solo arroja
el corazon inútiles gemidos;
la muerte es esta, sí, sus voces sordas,
sus mortales dolores silenciosos,
que sin gritos ni lágrimas sofocan.
Gabriela se levanta con una especie de convulsion.
Mas qué sollozos y que ansias repentinas !...
Gab. aturd. Raúl, Raúl querido!...
Vuelve à caer.
Isau. Cuál se postra !
permitidme que aparte.
Quiere quitar el vaso.
Gab. deteniend. No, que el mio
sobre ese corazon espire ahora.
Isau. Oh! de su turbacion delirio extraño!
Cubre el vaso y le esconde detras de una columna. Gabriela mirando ácia donde estaba el vaso, y creyendo verle.
Gab. Adorado Raúl, que en paz reposas,
tu corazon ve allí donde otro tiempo
tu Gabriela infeliz reinaba sola:
mas donde ya no está junto á él errante
creo ver de tu espíritu la sombra
que se queja, me llama, que la siga
se levanta.
espera solo. Nuevo sér recobra
tu corazon parece junto al mio,
en ese vaso odioso tu preciosa
y noble sangre aun caliente ahuma.
Vuelve à caer.
*Isau.*Vuestra vista os engaña, muy remota
de vuestro horror y susto está la causa.
Gab. Deja que le sepulte triste copia
de amargo llanto: en mis cansados ojos,
ya ni humedad, ni lágrimas se notan.
Mis sollozos estan ya sofocados
al paso del dolor.
Isau. Mirad, Señora,
que vuestro padre de llegar acaba.
Gabriela mirando donde estuvo el vaso.
Gab. De las violencias y opresiones todas
ese fiel corazon era el estudio.
Isau. Cobrad aliento; vuestro padre ahora
con Retél llega,y por Fayél preguntan.
Que desengañen de sus furias locas,
aunque tarde no dudo à vuestro esposo:
por el amor de un padre es ley forzosa
tolerar el vivir.
Gabriela fuera de sí creyendo ver à su padre.
Gab. Sois vos mi padre!

pues mirad mis desgracias, mis congojas,
esa sangre, esas muertes, ese fino
amante corazon que tanto asombra;
todo ese horrible y lúgubre aparato.
¿Y quién tantas desdichas ocasiona
à vuestra hija? quién así la tiene?
quién? mi obediencia, vos, la rigurosa
cruel costumbre que abusar permite
de aquel derecho que los padres logran.

Cae apoyada en la mesa, y oprimida del dolor.

Isau. Mas ruido siento, y es su fiero esposo
que vacilante y augustiado arrostra
vuestra presencia, y ácia aquí camina.
Ven, tigre fiera, sácia tu traidora
sedienta ira; mira palpitante
la triste presa que tu furia acosa.

SCENA IX.

Fayél, Alverico, Gabriela, Isaura y guardias.

Fayél con el cabello suelto, y en el mayor desorden.

Fay. ¡Qué he escuchado! porque no me dejasteis
crueles en mi error? Retél, tu colmas
mis desdichas, quitándome mis dudas.
Ahora sé que inocente era mi esposa:
oh cuan irremediable! por vosotros

A los guardias.

y por ella tomad venganza pronta
de este monstruo sangriento: en mí se mira
un abismo de horror que supo sola
mi cólera inventar. Hablar no puedo.

Alverico echándose en sus brazos.

Atreverme à mirar su luz hermosa!
Vive aun?

Alv. Si Señor.

Fayél con voz debil acercándose á Gabriela.

Fay. Gabriela mia!

Gabriela sin saber donde mira.

Gab. Ay padre! acercaos, qué os estorxa?
abridme vuestros brazos; muero en ellos

Fay. abre los brazos y la recibe en ellos.

digna hija vuestra; mi verdad abona
que à mi amante infelíz sacrificaba
por el esposo que mi vida corta.
Mas haced que Fayél no se presente
otra vez à mi vista; no se ponga
los grados à contar de mis tormentos,
y à insultarme en mis últimas congojas.

Fayél desesperado.

Fay. No; à pedir vengo el mas cruel suplicio.

Gabriela reconociéndole en la voz da un grito horrorizada, y se arroja sobre la mesa.

Gab. ¡Ah yo muero.

Fayél dándole su espada.

Fay. Infelíz! mi espada toma.
Castígame con ella. Que este triste
y mortal corazon desgarre y rompa.
Tu inocencia sé ya, el remordimiento,
las confusiones y el terror me ahogan.
Mi desesperacion llegó à su extremo,
à ella vengarse solamente toca.

Intenta matarse. Alverico quitándole la espada.

Alv. Señor, que haceis?

Fay. Volvedme aquesa espada;
esa es la prenda que me debe sola
conceder la amistad. Dámela, oh Cielo!
ó mátame. Mi ultrajada esposa
mirándose vengada, menos triste
é infelíz morirá. Qué sin zozobras
al espirar notando mi castigo
mire este monstruo menos rigurosa.

Gabriela volviendo en sí y mirando el vaso.

Gab. Raúl.

Fayél quita el vaso, y le da à un guardia que se le lleva.

Fay. Quitad al punto ese funesto
espectáculo horrible.

Gabriela tendiendo los brazos sin conocimiento.

Gab. Dulce gloria!
querido objeto! para mí terrible!
de mis manos te arranca su furiosa
sangrienta ira: qué maldades nuevas
en su dañado corazon se forjan?

Mirando à Fayél.

no ves, Isaura, esa insaciable fiera
con que saña y rencor rompe y destroza
las míseras reliquias que su furia
por el suelo sembró: su ira rabiosa

el palpitante corazon irrita.
Al duro corte cuchilladas corvas
gemir le escucho : mira sus pedazos

Fayél sin consuelo cae sobre una silla.

que Fayél me presenta. Tente odiosa
furia irritada... ¡El corazon sangriento
te atreves à poner sobre mi boca!

Fay. Estoy bien castigado ya, Dios mio!

Gabriela con voz muy debil, y respirando con trabajo.

Gab. Este golpe cruel mi aliento postra:
mortales parasismos siente el pecho.

Toma la carta.

O mitad de mi alma de la otra
que por tí vivió siempre en noche eterna
cruelmente privada! en fin ya logras
volver con ella à unirte. Yo renazco
por un momento en mi postrera hora.

Espira.

Fayél se levanta fuera de sí.

Fay. Ya muere, ya la sigo, ya el camino
seguro veo. Ah! mano elevosa,
desgarra mis heridas que por ellas,

Intenta quitarse la banda.

mi alma y mi sangre de salir ansiosa,
hallen libre camino.

Alv. Armance, pronto
el efecto impidamos de su cólera.

Fayél aparta à Alverico, échase sobre Armance, le quita el puñal y se hiere.

Fay. Mi brazo solo es fiel, solo él me mata.

Cae à los pies de Gabriela.

Ah! yo espiro á tus pies: bajo una losa
en un mismo sepulcro haced, amigos,
que el corazon con mi Gabriela pongan.
De su fiero verdugo el cuerpo odioso
junto con ellos de la luz se esconda.

Toma la mano de Gabriela.

En vano huye tu alma de la mia,
mi mano à tu pesar la tuya toca.
Oh amor cruel! qué has hecho de nosotros!

Señalándose á sí. Matando á Gabriela.

Penas, delitos::: Mira tus victorias.

muere.

FIN.

CON LICENCIA. BARCELONA:

En la Oficina de Juan Francisco Piferrer, Impresor de S. M. Plaza del Angel.